

Agradecemos a Epple lo que nos ha escrito sobre Alegría y a éste el hablarnos y modelarnos un rostro renovado sobre la identidad de nuestra literatura.

ANTONIO CAMPAÑA

<https://doi.org/10.29393/At457-22SPAC10022>

## LAS SIETE PALABRAS

De *Juan Antonio Massone*

Ediciones Aire Libre, 1987

Cosa más que debatida ha sido, dentro de los puntos de vista del hombre contemporáneo, el acercamiento o distanciamiento —vientos contrarios y a favor— que se ve entre el arte y el sentimiento religioso. Frente a los síntomas del pesimismo del creador literario de nuestro siglo, a la falta de fe de tantos de sus protagonistas y al predominio de la angustia con sus fenómenos irracionales, fuertes núcleos de autores luchan por mostrar y re-encontrar, por entre los caminos de una comunicación más honda y sus acercamientos a la trascendencia, la razón y el refugio amparador para su arte y existencia humana.

Juan Antonio Massone es un poeta que comprende y edifica su obra lírica sobre esta última convicción. El poeta, que necesita unir de entre sus partículas dispersas la realidad total, lucha por hallar en este sentimiento la umbilicalidad necesitada. Va tras los actos que lo lleven a revelar esas zonas del ser que punzan su interioridad y su rebeldía, aquellas que buscan transformarse en expresiones humanas sujetas a la presencia y fuerza del misterio, piedra angular desde donde salen la mayor parte de las señales poéticas —y también las no poéticas— del hombre. Son los rastros que quieren borrar los signos de oposición, en la contemplación de la vida, de todo aquello que no se constituya en acto de fe.

El poeta se nos presenta, pues, en este libro como un sujeto místico, pero a quien no hay que confundir con un predicador o religioso de sacristía. El hablante no quiere hacer comprender sino entender él mismo y, de este modo, extender su pasión. Massone quiere comprobar que la verdad no es una realidad creada por el hombre solamente, sino que a la vez es o está en el acercamiento a la trascendencia o más que eso: que únicamente en ella se encuentra radicada. Esta apasionada razón de la transferibilidad de la verdad trascendente la vuelca nuestro lírico en una simple y humilde virtud mística que llega a sorprendernos aunque no nos coge de sorpresa: para saber amar es necesario haber sido amado. En la piedra angular de esta reciprocidad entre el hombre y Dios es donde la poesía de Massone encuentra y desarrolla su particularidad. Desde este lugar es de donde nacen esos llamados observantes que tienen a la divinidad como centro indispensable, que la coloca ante el poeta como el más alto don evidente, como la única realidad tangible e inmutable.

Es en esta seguridad de haber sido amado donde se afirma la esencia del discurso lírico que el poeta pronuncia en este hermoso libro *Las Siete Palabras*. Descubiertas por

su bregar las fronteras de la soledad, de la nada, de la angustia, ¿como desterrar de entre nosotros este pesimismo a que nos lleva el conocimiento de la temporalidad? Massone nos abre celosas puertas tras una carga de claridad que siendo —o apareciendo— ímproba para los que miran, lo transporta a un recinto de esperanza. De ahí que para él la plena existencia no sea sino una fusión con la trascendencia. Es en esta unión donde mora el amor recíproco. Kierkegaard nos ha dicho que una señal de ser hombre “de alma profunda” es aquella que está dispuesta a arrepentirse ante la divinidad, pues fuera de esta posibilidad la vida no sería nada, “nada más que espuma sobre el agua” ¿Así Dios es entonces por sobre todo conciencia del pecado? ¿Lo demás sólo lleva a seguir dentro del *pathos* de la tragedia? La religiosidad de Massone ahonda en estas concepciones kierkegaardianas: lo ético no tiene para él, al igual que el místico, más que dos movimientos, el de rechazar o sostener su objeto. Claudel decía en una frase que es todo un compendio de estética: “comprender no es el papel que me corresponda”. Esa es tal vez una actitud que abarca toda vocación poética, saltar sobre las preocupaciones banales del ser más allá de cualquier conveniencia negociosa. Una actitud mística, a la que toda poesía que se precie, aun cuando se la denomine de cualquier manera, se acerca de algún modo, incuestionablemente. Es la simple realidad o tempestad interior que el autor poético soporta como una necesidad de alumbramiento. Por ello es que el poeta nunca estará solo. De alguna manera se alza en él lo que el hombre, en general, espera: la certidumbre del amparo de las potencias reveladoras que están dentro y que a toda costa necesita comunicar.

Massone obedece al sentimiento que se liga a la trascendencia desde *Nos Poblamos de Muertos en el Tiempo* (1976), el primero de sus libros. Es que el poeta al comunicarnos su descubrimiento vive intensamente la totalidad de una existencia religiosa. Así sucede también en *Alguien Hablará por mi Silencio* (1978); en *Las Horas en el Tiempo* (1979); en *Voz Alta* (1983) hasta producir este encadenamiento más directo con la unidad cardinal que le obsede en *Las Siete Palabras*, obra de amplio registro que penetra por las contradicciones del ser con intentos de salvarlo.

Entre los poemas de esta última producción de Massone se despliega tanto el germen como el punto de salida mística que el poeta va encontrando desde su percepción humana. Es esta alternativa la que lo implica más allá de la vida terrestre que le toca como ser que participa de ella intensa y ascendentemente: “despojo soy a mitad de la tierra y de sus brazos”. El poeta nos declara su libertad con ese acento de plegaria de quien sufre cuanto le rodea y se mira por dentro, que ve el deterioro de la realidad cercana, testigo de la ola viva que desaloja las promesas: “He vivido la vida hasta los clavos y el amor sigue en mí sangrando lento” dice y también: “hay demasiado mundo para vivir tranquilo”. Es que con seguridad sabe “que nadie está al principio / o al fin sino en la vida”. El poeta es el hombre alerta, el que vive sobre los techos oteando lo que ha de venir para bien o para mal sobre el hombre.

La experiencia humana de Massone lo conduce y lo lleva hacia una poesía de oración, pues toda poesía vital no es sino eso. En ella está prohijada su tendencia plotiniana y agustiniana de redimir la vida, ese saber ver dentro del ser lo que éste propaga a raudales, a abolir la desesperación cuando rodea el corazón. El poeta no ha cruzado en vano las rebeliones interiores ni ha dejado de observar la realidad de un



alrededor que necesita ser puesto de una vez sobre bases éticas. El poema en sí adquiere síntomas de *catharsis* frente a una humanidad que está obligada a desprenderse de todas esas acumulaciones bastardas que están de más: "te digo que a pesar de ti o de mí / el universo sabe ser indicio amistoso / de unas huellas en la noche / y agradece todo el tiempo ser / la mejor versión de un amor más grande".

Dentro de esta poesía austera, con vestigios y testimonios vecinos a nuestra suerte, el poeta, al atravesar el río agustiniano, nos impulsa a vernos como totalidad además de individualidad. Como otros tantos, él ha comprendido que el hombre de Hipona debe interesarnos hoy no sólo por su trascendencia filosófica o teológica sino porque es el primero que nos enseña a vernos por dentro.

ANTONIO CAMPAÑA

## POESIA

De Ester Matte

Editorial Universitaria, 1987

En esta obra de Ester Matte las relaciones visuales han ido dejando su lugar a las enumeraciones interiores, a ciertos caminos que, finalmente, determinan la dirección y flujo de sus claves líricas. No es, sin embargo, un sendero que se orienta en otro sentido en forma tajante, al margen de sus demás ocupaciones. Por el contrario, hay aquí un proceso que se sujeta a ciertas gradaciones que van surgiendo a través de los libros de la poetisa. Estas gradaciones son las que crean la ascendente unidad que se observa entre los poemas que integran *Poesía*.

El libro reúne en una síntesis antológica la obra poética de la autora. La selección recoge lo mejor del flujo y reflujo de esta poesía desde sus comienzos hasta los poemas inéditos incorporados al texto. Todo ello es observable a partir del libro *Desde el Abismo* (1969); en *Las Leyes del Viento* (1977); *Entre la Vigilia y el Sueño* (1980); *Cartas a Tatiana* (1981); *Selección de la revista Atenea* (1983); *Poemas del Anuario del Pen Club* (1985) y los poemas inéditos.

Hace algún tiempo sostuvimos que la literatura de Ester Matte sostenía un proceso de raíz esencialista unida a una virtual vinculación existencial dentro de un manejo decantado del lenguaje y en la insistencia del tono coloquial que prefiere. En *Poesía*, en que el ornamento casi es echado abajo para alcanzar más ampliamente las relaciones interiores, estos tonos y desarrollos se ven nítidos ya sea por la propiedad con que resisten el decurso del tiempo o por el respaldo de un camino lírico cada vez más apropiado a su vínculo mayor.

El repertorio de Ester Matte evidencia una constante necesidad de renovación, de ver las interioridades de las cosas, una especie de obligación de la poetisa de no sumarse sólo a los desbordamientos exteriores que la asedian. El movimiento de esta poesía se siente extraño a las relaciones hostiles que pretenden alejar al ser de sus propiedades